

REFLEXIONES SOBRE POLÍTICA ECONÓMICA Y PROYECTO NACIONAL EN BOLIVIA

CARLOS F. TORANZO ROCA

El objetivo de esta nota es el de hacer una somera reflexión sobre la temática de política económica y proyecto nacional en Bolivia. La fuerza de lo apretado de este comentario nos obliga a entregar proposiciones limitadamente puntuales sobre el problema en cuestión, razón por la cual, no podremos extendernos en la explicación o especificación de nuestras aseveraciones.

I

Si algunos datos ayudarían a comprender el fenómeno boliviano, diríamos que esos no son otros que los de la presencia de una sociedad civil dramáticamente arisca, reacia al control, violenta, apta para realizar múltiples destrucciones del orden pero incapaz de construir ningún poder alternativo. Pasada la Guerra de Chaco, al calor de la instauración de gobiernos militares de carácter nacionalista de los años treinta y cuarenta, por medio de incesantes luchas obreras así como por la vía de sus masacres consecutivas, la sociedad civil, en especial sus sectores populares, construye un sentimiento autodeterminativo de gran vigor. La eclosión virulenta de tal sed de liberación y de edificación de lo nacional es, por supuesto, la violencia desencadenada en la Revolución Nacional de 1952.

Lo que sería un avance en la autoafirmación de los sectores más amplios del pueblo, aquello que puede considerarse como la fortificación de algunos puntos neurálgicos de la sociedad civil, tiene por el

polo opuesto la sinonimia de la fragilidad y de la anemia. En efecto, el paisaje social denota la falta de unificación burguesa, señala la mortacina palidez del Estado. No puede ser de otro modo, pues, en Bolivia la burguesía no acaba de constituirse plenamente, el Estado no deja de ser un pacto entre gamonales, por lo cual, la inestabilidad política será uno de los sellos más clásicos de lo *boliviano*. En esta matriz, el vaivén caprichoso puede imponerse a la estabilidad, por tal razón, se labran de manera inconsciente las condiciones objetivas para la imposibilidad de formular proyectos de gran aliento o, por lo menos, políticas económicas que posean cierta racionalidad y sean susceptibles de ser probadas en horizontes temporales más o menos dilatados.

La escualidez del Estado lo forza con recurrencia a incurrir de manera alarmante en la represión, lo precipita al hábito regular de acudir a su recurso de emergencia, lo acostumbra a vivir dentro de la lógica del sable uniformado y no en la creación de aquella conformidad que acepta de buen agrado la dominación. Bajo estas circunstancias, la hegemonía es una entelequia debido a que la indócil sociedad civil no asimila con pasividad el yugo de la bayoneta ni la dictadura hecha levita. No obstante, aquella de modo alguno es homogénea, el impulso de la independencia y libertad anida aisladamente en los sectores obreros o de explotados muy próximos a éstos. El mundo campesino, excepción hecha de la Revolución Federal, abril de 1952 y lo acontecido después de 1974, se acopla por medio de la inercia a los dictados estatales, por su lado, el conjunto burgués no participa de la necesidad de autodeterminación.

Los motivos explanados hacen que el fenómeno se torne en extremo complejo y presente situaciones paradójales que son, evidentemente, parte del drama de las sociedades abigarradas. Veamos en qué consiste esto. La existencia del sentimiento de democracia popular en la sociedad civil después de 1952 convive con una ideología que no es propia de hombres libres sino que más bien corresponde a una conciencia señorial u oligárquica, ésta no sólo pervive en el mundo de los explotados y de sus organizaciones, por el contrario, oxigena también a las capas burguesas con el consiguiente peligro de la incapacidad constitutiva de una materia estatal poderosa.

Está aceptado que la reproducción del capital no es automática, es conocido que debe planearse, para tal hecho es menester una ideología que la soporte y dinamice. Sin embargo, la burguesía boliviana demuestra que a pesar de ser *grosso modo* clase capitalista y personaje

de un régimen asalariado de producción, no porta todos los atributos que dan personalidad y validan a un sector social de esa naturaleza, pues, da la impresión que la subsunción real del trabajo en el capital es para ella, de modo curioso, una ilusión. (Utilizamos aquí la categoría en un sentido diverso, vale decir, no como la sumisión total de la clase obrera ante el capital sino más bien como la exigencia de incorporación de la propia burguesía a los requerimientos del capital en el plano de las ideas, valores o de la conciencia toda. De modo tal que lo burgués debiera significar la personificación del alma inherente a la valorización del valor en el territorio de la conciencia). No deja de sorprender cómo esta clase dominante que vive del plusvalor no puede tener una ideología burguesa, su conciencia ha quedado anclada en el pasado, su horizonte de visibilidad no se distanció aún de la ceguera del gamonalismo.

Es interesante observar, entonces, cómo el grupo social que estaría obligado a impulsar la reproducción ampliada del capital vegeta al interior del pesado fardo de una tradición precapitalista, la misma que mutila su aptitud para entender a plenitud la acumulación. La fuerza de la herencia en materia de lectura del mundo es tan grande que impide a la burguesía boliviana ser tal, precisamente por ello el Estado que construye es la hipérbole de sus carencias. En estas condiciones, mal se puede pedir que ese agrupamiento social o que su Estado generen proyectos nacionales de importancia o que formulen políticas económicas de mediana coherencia. Quede muy claro que esta labor no depende únicamente de la milagrosa existencia o no de grupos tecnocráticos especializados en ese particular. El problema es de suyo más intrincado, dado que la burguesía en Bolivia todavía no acierta a visualizar con claridad qué es el desarrollo del capitalismo, en qué consiste y cuál el rol de la industrialización, no se eleva a la altura intelectual de aceptar que la acumulación de capital y la modernización del Estado son pilares necesarios para su propia existencia. Podría plantearse que en su pensamiento presente vive aún aquel antiguo raciocinio gamonal, cuyo portador sólo tuvo una metamorfosis formal burguesa y, justamente, por esa determinación no internalizó una forma de actuación adecuada al capital.

La conducta capitalista de largos años pareciera prolongar la que la marcó durante la fase del poderío secante de los barones del estaño; es como si el patinismo la hubiera acostumbrado a recibir todo sin tener la obligación del automovimiento. No se olvide que la fiebre esta-

ñífera del superestado minero se convirtió tempranamente en un fenómeno internacionalizado, asemejaba un enclave extranjero moreno en un suelo también de piel cobriza que no lo asimilaba para su internidad. El escaso horizonte de vida propia que podría haber desarrollado la burguesía, quizás se hundió en las marejadas turbulentas de la Guerra del Pacífico, con lo cual fugó a otra zona no sólo un enorme excedente potencial sino también la difícil probabilidad de forjarse como clase capitalista y como tal la posibilidad de constituir un Estado medianamente fortalecido, tal vez esto ya en aquel tiempo era una mera ilusión. No obstante, la expresada no deja de ser una hipótesis excesiva, pero, de todas formas, sea uno u otro el marco hipotético, el *factum* de lo concreto muestra esas lacerantes carencias de la sociedad boliviana.

Hablamos, no cabe duda, de una burguesía y de un Estado —esto es lo clásico en su figura oligárquica— petrificados en la función de intermediarios de segundo nivel, ésa su alma fundamental que sólo se modificó de manera fugaz en escasas circunstancias históricas, la principal quizás sea la correspondiente a la Revolución Nacional de abril de 1952 y la modificación estatal que cultivó, no obstante, el peso de la tradición que anotamos parece haberse engullido al nuevo Estado surgido de las armas en esa época. Este cúmulo de datos permite hacer inteligible por qué la clase capitalista y el Estado boliviano han sido incompetentes para formular coherentemente proposiciones de política económica de largo plazo que hagan parte de una visión más amplia de modelamiento de la sociedad; es obvio que no tuvieron fuerza suficiente para impulsar proyectos nacionales que dinamizaran el desarrollo boliviano. La política económica se dibujo, entonces, sólo y exclusivamente como un expediente de tipo coyuntural referido a las necesidades de rentabilidad cortoplacista de los núcleos dominantes y, en otros casos, fue el simple reflejo de las exhortaciones e imposiciones foráneas provenientes de organizaciones como el FMI, BID, AID, Banco Mundial, Alianza para el Progreso o de cualquier otra instancia ligada al capital financiero internacional. Así pues, estamos frente a la ausencia de un Estado maduro y de una burguesía sólida, por tanto, la sociedad está desprovista de esos elementos conscientes que puedan promover su modernización y desarrollo.

II

Si bien la burguesía y en especial el Estado bolivianos no pudieron con-

vertirse en sujetos de promoción de política económica y de elaboración de proyectos nacionales, en cambio, en la orilla opuesta algunos núcleos de la sociedad civil, en determinados momentos de la historia boliviana, tuvieron la capacidad de promover y empujar sugerencias de política económica, es más, en una circunstancia específica como es la de abril de 1952 pudieron conectar dichos esfuerzos a la definición de un proyecto nacional renovador. Se puede decir que no es el Estado sino más bien la sociedad civil quien posee la paternidad de variadas proposiciones de política económica, afirmaríamos que son, fundamentalmente, unas pocas hipótesis de masa las que han marcado de modo indeleble el acontecer nacional en el campo que comentamos.

La violencia ha jugado un papel de importancia radical en la apertura de la conciencia sobre diversos hechos de la sociedad, no obstante, es imperioso diferenciar unas formas de violencia respecto de otras y ligar las mismas a los aspectos concretos de la realidad. Por ejemplo, la Guerra de Chaco, catalogada como una de las piedras de toque para la comprensión de la historia boliviana y sus tendencias ulteriores, a pesar de la derrota hizo factible incorporar a la ideología de los sectores populares *el rechazo de la privacidad extranjera en el manejo de los recursos petrolíferos*. El sentimiento masivo de repudio a la *traición* ejercitada por las empresas internacionales durante la Guerra insertó en la conciencia de las masas *la necesidad de una política de nacionalizaciones en materia petrolera*. Los gobiernos militares de tipo nacionalista de los años treinta que sancionaron tal medida lo hicieron bebiendo aquello que hacía ebullición en la sociedad civil.

La acumulación en la conciencia de las masas fue ratificando periódicamente esa política que tuvo su parto fundacional en las trincheras del Chaco; el gobierno del MNR, en sus pocos años progresistas, al fortalecer a YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos) lo que hizo fue convalidar en la práctica aquello que ya se había internalizado en la ideología popular, otro tanto aconteció con la nacionalización de la Gulf Oil durante el gobierno del Gral. Ovando, pues, en esta ocasión se endereza la desviación del MNR en política petrolera para guardar coherencia con lo postulado por la conciencia masiva. De la propia Guerra del Chaco emana *la duda generalizada sobre la eficacia de la política económica "liberal"* que favorece y apunta los intereses de la oligarquía minero-terrateniente, sin reparar en los requerimientos de una sociedad civil que despierta con bríos. *Justa-*

mente en esa época floran hipótesis de masa referidas al problema agrario y otras remitidas al manejo de divisas por parte del Estado. No se olvide que el gobierno de Busch está ligado indisolublemente a la problemática cambiaria y de control del denominado sector externo.

Una naturaleza signa la violencia de la guerra que dio esos resultados y en otro ámbito se ubica la violencia estatal que reprime a los sectores populares con el fin de conseguir su perennidad en el poder. De esta última nos surgen algunas apreciaciones. Es un dato que la represión contra los explotados, particularmente la que apunta a los trabajadores mineros, fue un hecho cotidiano durante la década de los años cuarenta, sin embargo, no siempre el producto de los actos represivos es la generación de la mansedumbre obrera —de modo alguno propondríamos que la bayoneta calada crea de por sí conciencia autodeterminativa como tal que es necesaria para la educación de las masas, nada más lejana que esa idea la que alberga en nuestro pensamiento—. Estamos en una situación histórica peculiar que demuestra cómo el proletariado minero y algunos sectores explotados ajenos a él forjaron su conciencia de autodeterminación y de independencia sobreponiéndose a la crudeza de la represión. El escenario y estado de disponibilidad generado en la Guerra de Chaco y el espacio de interpección que engendra el movimiento popular al cultivar sus propias demandas, en franca oposición a las directrices estatales, *labra una conciencia de rechazo al Estado oligárquico*, mismo que de manera alguna solventa los problemas de una sociedad civil que se torna cada vez más agitada.

Siguen siendo los conmocionados por el Chaco, entre los cuales se cuentan uniformados también, junto a los que asimilan con acento progresivo la metralla disparada por el superestado minero, quienes perciben el vendaval de la sociedad civil que se estrella en los dormidos muros estatales. Resultado de ese hecho es que en el mismo decenio de represión existen tres años de respiro durante el gobierno de Villarroel. Este no es el sólo reposo y difuminación de la balancera oligárquica, es ante todo un anticipo de nuevas alianzas y de una lectura más avanzada de lo nacional, es un preludio indicativo de que el nuevo acto del teatro de la realidad muy bien puede tener por actores a los sectores populares.

Durante los años cuarenta se cultiva con mayor enjundia la oposición de la sociedad civil contra el Estado oligárquico, se profundiza la conciencia de repulsa a lo "liberal" de un Estado que tiene por única fun-

ción reprimir y crear las condiciones más cómodas para la explotación de la minas por parte de los barones del estaño. *La masa incorpora a su ideología la propuesta de la nacionalización de las minas y reforma agraria.* El resultado de estos movimientos de la conciencia popular unido a su potenciamiento real e imbricado a condiciones objetivas de debilidad estatal, se expresó de manera práctica en la insurrección de abril de 1952. Esta es la reacción masiva contra un Estado que dilapidó uno de los grandes excedentes históricos provistos por el país o, cuando menos, es la oposición contra una modalidad estatal que hizo todo lo posible para permitir que tal excedente huya de nuestras fronteras sin ni siquiera vigorizar a la que podría ser la propia clase burguesa. Aquí no hacemos mención a los lunares, más bien exógenos para la acumulación, constituidos por los barones del estaño.

Es una constante en Bolivia que los núcleos dominantes no aprovechen, en función endógena de fortalecimiento de la valorización y de engrosamiento del Estado, los excedentes que históricamente tuvieron a su merced. Este fenómeno es tan añejo como el Potosí colonial, continúa con la minería de inicios de siglo, se amplifica de manera grandilocuente en el caso del superestado minero y se repite, en dimensiones menores —por el monto del excedente puesto en juego— durante el periodo banzerista. La historia muestra en su *continuum* que la burguesía boliviana no tiene ninguna capacidad de asimilación del excedente y menos aún puede convertirlo en carga estatal que permita ampliar el Estado. El futuro, pues, seguramente no es incierto, sin aceptar la fatalidad del destino labrado por el curso de la historia, bien se puede postular que la clase burguesa no dará saltos importantes en este campo ni violará su tradición intermediaria o de dilapidación. Bolivia es uno de los casos más clásicos de imposibilidad de asimilación del excedente y de incapacidad de su conversión en materia estatal.

Volvamos al movimiento caracterizado por negar una forma de acumulación que en lugar de soportar su matriz original la dejó huérfana de endogenidad, que intentó romper con un modelo de desarrollo de la economía que jamás creó condiciones de modernización del Estado. Asimismo, las masas movilizadas en 1952 hacen añicos las ideas tradicionales del patifismo sobre política económica, los hábitos *liberales* son trocados por una pujante intervención estatal en la economía y la sociedad en general. *La Revolución de abril lleva, entonces, a la conciencia masiva la normalidad de la nacionalización y de la estatización de las alturas dominantes de la economía, por ese conducto la sociedad*

boliviana se habitúa a una vida matizada por la existencia de control estatal en las actividades clave de la economía. La sociedad civil legítima con su aprobación tanto el manejo estatal de la minería como de los recursos petroleros.

Son dos momentos históricos excepcionales de la vida boliviana los que incorporan a la conciencia popular y de la sociedad civil en general la ideología de la nacionalización, hablamos del estado de ánimo que sucede a la Guerra del Chaco y a la Revolución de abril. Esta última junto al trastocamiento del Estado oligárquico *altera todos los usos en materia de política económica*, a la par, introduce otro tratamiento para la acumulación desde la perspectiva progresiva inscrita en un proyecto nacional —quizás el más vigoroso y global que hubo en Bolivia— de independencia. Pero, abril no únicamente alberga las ideas de estatización y nacionalización, abre más aún su panorama, es así como *las propias masas postulan su hipótesis y creencia en la industrialización*. Una vez más son los pivotes más ágiles de la sociedad civil quienes empujan aquello que debería haber sido resultado de la ideología burguesa o de la acción estatal. El Estado del 52 sigue con demasiada timidez la exhortación de la masa respecto a su noción industrializadora, a pesar de la potencia y consenso con que contaba dicho proyecto. No hay que pasar por alto, en este contexto, un problema central de la vida nacional en el ámbito de la política minera. Como un acto de comprobación de la dinámica de la sociedad civil y la pasividad estatal, inclusive del Estado surgido el 52, tenemos que es aquella quien promueve *la instalación de hornos de fundición y la integración de la actividad minera*. Es también una apuesta de las masas la industrialización por la vía de la articulación vertical y horizontal de la minería, puede aseverarse que esas masas triunfantes en abril tienen una vocación de industrialización, aun en ausencia de esa mística en la propia burguesía o en el aparato estatal.

No hay duda que algunos tipos de política económica existentes en Bolivia en esta fase histórica de gran dinámica pasan por la conciencia de las masas y se incorporan a su ideología. No obstante, no todos ellos quedan ratificados en sus ideas tal cual existieron en sus momentos de gestación; así por ejemplo, la prueba desgastadora de doce años de gobierno del MNR y su ulterior prosecución bajo la figura militar, horadaron y borraron el espíritu industrializador existente en la conciencia de las masas, con el agravante de no haberlo sustituido por un proyecto alternativo. No sucede de igual modo con la política de nacionaliza-

ciones, la cual hace parte del acervo de ideas más íntimo de los explotados.

Si bien la base popular siente como suya toda esa gama de políticas y le otorga su apoyo más decidido, de manera torpe la burguesía y el Estado no logran comprender que tales caminos de política les abren vastos espacios de legitimidad y consenso, con los que muy bien podrían operar —en función burguesa— proyectos de desarrollo de acumulación de capital y de modernización estatal que los fortifique en el poder y les provea un horizonte de mayor estabilidad. Aún queda en la burguesía y el propio Estado el prurito liberal que coarta la utilización de los mecanismos estatales para profundizar la reproducción ampliada. Con suma ignorancia no logran entender que la sociedad está dispuesta a dar su aval para la operación de un conjunto de políticas que por la tradición se incorporaron a su conciencia, las mismas que *per se* no son proletarias ni tampoco el camino infalible hacia la revolución socialista, simplemente se trata de instrumentos con los cuales la burguesía podría desarrollarse con mayor agilidad y el Estado poseer mayor irresistibilidad.

Cuando explicamos que la sociedad civil tiene mayor plasticidad que el Estado y la burguesía para perfilar de modo más preciso algunas orientaciones de política económica, debemos esclarecer que no es aquella en su integridad quien posee la mencionada lucidez, son únicamente algunos de sus componentes los que arriban a esa capacidad de convocatoria. Aquí aludimos al gran logro boliviano que es, a la par, su tremenda anemia limitante; pues, es la mediación sindical quien bebe con mayor propiedad la conciencia de las masas para indicar los caminos de política a seguir. La Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y la Central Obrera Boliviana, son los puntos nodales de la sociedad civil que buscan la apertura de sendas claras en el campo de la política económica, no obstante, su esfuerzo no deja de ser parcial, dado que si bien logra atisbar con alguna consecuencia las reivindicaciones de los explotados, no por ello puede inscribirlas en un proyecto de mayores horizontes que tenga una elaboración racional y viable. No en vano sus carencias se expresan en la dramática anécdota de la formulación de sus programas concretos de política económica por expertos de médula y tradición cepalina, con toda la distorsión que ello significa de la macrovisión minera y cobista. A este acotamiento de viabilidad de sus sugerencias se suma la ya trágica limitación de todos los instrumentos sindicales, nos referimos a la impo-

tencia para convertir sus formulaciones en proyectos para toda la nación y, más aún, la incapacidad de transformación de sus intuiciones prácticas en una diferenciada alternativa estatal.

En otros campos de la sociedad nos topamos con la abulia de los partidos políticos y frentes para formular propuestas de incidencia en la economía y, con la indolencia en la gestación de un proyecto nacional que goce de legitimidad. Hay una hipertrofia sindical en la cual se asfixia la creatividad de tales instrumentos, esto cuando hablamos desde el campo de la izquierda; mientras que el mundo militar, de menor lucidez y originalidad aún para promover orientaciones progresivas para el país, subordina o ahoga cualquier posibilidad de la burguesía para la búsqueda de salidas en el plano estatal y de la acumulación de capital, puesto que esta clase adquirió la costumbre histórica de la inanición y de una vida cómoda al amparo de los uniformados. A este escenario, que ya es de por sí insuficiente se suma el vacío de hipótesis de masa del campesinado, el cual después de 1952 ha tenido un somnoliento letargo que lo convirtió en soporte del Estado del 52, ello no asumía aspectos de gravedad en los primeros años pero se tornó conservador en los últimos, en especial los posteriores a la caída del MNR. Luego de la vieja agitación de la demanda por la reforma agraria no aparecieron con claridad postulaciones campesinas que los englobe y movilice con poderío. Tal vez esto tineda a cambiar luego de la Masacre del Valle de 1974 y, en particular, en la fase electoral de 1978-1980, cuando la masa campesina se fusiona con la proletaria en la lucha por la defensa de la democracia representativa, más todavía, sin alcanzar la elaboración de propuestas más específicas que den mayor contenido y vitalidad a su organización. La insurgencia del Movimiento Revolucionario Tupaj Katari, su participación decisiva en la definición de la política reciente hacen pronosticar fenómenos campesinos más importantes y autodeterminativos para el futuro.

III

El peso de la tradición de incapacidad para la formulación de un proyecto nacional y de promover políticas económicas coherentes es tan grande que tanto la derecha como la izquierda caen prisioneras de esa temible acumulación histórica. Como esa norma es reacia a admitir excepciones vemos que el gobierno de la Unidad Democrática y Popular UDP, ha sido deglutido sin resistencia por esa carencia secular, la

gravedad del hecho consiste en que a pesar de contar con una legitimidad y consenso que nadie había conseguido desde 1952, fue ganado por la inercia e indefinición en los planos de la política económica y del proyecto nacional. Por otra parte, olvidando su raigambre popular, asumió una conducta similar a la de la mayoría de los gobiernos que pasaron por el Palacio Quemado, dado que compartió la ceguera regular de la burguesía, por lo cual no optó por el camino de las estatizaciones o nacionalizaciones que lo confirmen en el poder y que le habrían permitido un modelamiento más adecuado de la acumulación de capital.

Nuevamente la sociedad civil, por la vía de sus instrumentos característicos, es quien toma mayor iniciativa al hacer la propuesta de masa de incidencia en el proceso laboral minero de la fracción nacionalizada, mediante la cogestión mayoritaria —paritaria— de la Corporación Minera de Bolivia. La medida señalada se efectiviza en el marco de una actitud dubitativa del gobierno que en su intimidad no cree en tal camino, y menos aún puede hacerlo efectivo y operativo. Por otro lado, la limitación sindical no puede advertir que ese logro —a pesar de la reituación política que otorgue en el corto plazo y el enriquecimiento de conciencia que genera— debido a su parcialidad está condenado a la impotencia, si es que no se integra a un conjunto más vasto de proposiciones de política económica que conduzca al control y manejo real de la minería y del marco financiero y de comercialización que ésta engendra y, a la par, del cual depende.

El vacío de horizonte en la UDP está presente desde la germinación de este frente; sus instancias cupulares, los partidos que lo integran nunca pudieron fijar un camino a seguir, no en vano, en materia de medidas concretas de impacto en la economía, su timidez programática cristalizó en la proposición de un proyecto similar al de Paz Estenssoro. (Al afirmar esto no planteamos que tanto daba apoyar a la UDP o a Víctor Paz, es medular no olvidar que la diferencia la marcaba el lugar donde estaban las masas agrupadas, por tal circunstancia, la intuición popular tenía corrección al apostar por Siles, lo cual en buena medida y con cierta dosis de equivocación significaba jugar por sí mismas, mientras se rechazaba al aliado estratégico de Bánzer). Ya en función de gobierno la UDP no pudo inventar lo que no propició desde su constitución, por ello es víctima fácil de la quietud impuesta por la tradición histórica de debilidad estatal y de incompetencia de la clase capitalista.

Con Siles se confirma que la burguesía y Estado no siempre son los mejores ámbitos de cognoscibilidad de la sociedad boliviana que impulsen el desarrollo de ésta. La renuencia silista a aceptar al pie de la letra las sugerencias imperativas de política económica del FMI, no significa la existencia y manejo de un claro proyecto gubernamental frente al fondista, quiere decir únicamente la ausencia de medidas alternativas y el temor a perder su base popular de sustento, la misma que aún a regañadientes y diferenciándose del gobierno no lo mantiene por evitar una solución reaccionaria de la crisis. La heterodoxia de la política económica no es producto de la sistematización de las ideas intuitivas generadas por las masas, por el contrario, surge de las operaciones de salvación a corto plazo que esgrime el aparato gubernamental, además provienen en buena medida del temor y de las imposiciones fragmentadas de una sociedad civil, que en sus momentos de reposo del largo bostezo en el cual la sumió la UDP, atina a sugerir algunos cambios en la conducción estatal de la economía. Sucede así con la cogestión de COMIBOL, el salario mínimo y la escala móvil, el control de cambios, etc.

De todas formas, no se debe pensar que la sociedad civil movilizadora es la gran vacuna y medicina exitosa contra la inercia estatal, pues es ya un hecho en Bolivia estos últimos años que las masas fueron desarmadas en gran medida durante la borrachera electoral que llevó a la UDP al gobierno, en esta fase los sectores populares si bien lidiaron por la democracia, no lograron perfilar, menos aún madurar un proyecto propio de autodeterminación de las masas. Por otra parte, como no siempre y mecánicamente la crisis trae la recuperación económica del capitalismo o la revolución socialista, nos encontramos en una situación en la que esos varios años de situación crítica por la que pasa la economía generaron no un espíritu de rebelión sino más bien un estado de desánimo y cansancio en las masas, por lo cual es difícil que una sociedad civil extenuada se agite y asalte las soluciones que dormitan en su intimidad. Lo más probable es que lo endeble del Estado, la comunidad de la burguesía y la anorexia del gobierno udepista para la búsqueda de una alternativa popular a la crisis, empujen a doblar sus rodillas ante el *diktat* fondo monetarista. Sin embargo, como en política no es válido el vaticinio en un sólo sentido tampoco se puede negar que la fuerza de la adversidad es capaz de motivar soluciones radicales.

Por ahora queda como un *factum* que la UDP dilapidó de modo

irresponsable la gran legitimidad y consenso con que asumió el gobierno, mismas que le permitían ser más agresiva y racional en la postulación de políticas económicas así como en la definición de un proyecto nacional. No descuidemos que poseía una base social que buscan o sueñan muchos pueblos para orientar su desarrollo. Lo negativo de sus resultados a pesar de las óptimas condiciones sociales con que contó, nos mueven a preguntar sí en Bolivia no caminarán a fracasos iguales proposiciones similares a la udepista. Queda subyacente la tragedia de falta de un proyecto propio de la clase obrera dirigido a toda la nación, pervive la incapacidad de lo más agitado de la sociedad civil para convertir sus esbozos en alternativa estatal.